



León Felipe (1884-1968): “El poeta del roto violín”

Bautizado con el nombre de Felipe Camino Galicia, conocerá la historia y los paisajes castellanos acompañando a su familia por los distintos destinos que ocupa su padre, quien era notario de oficio. Vive sus años juveniles en Santander, pero contradiciendo la famosa frase de Max Aub, según la cual uno es de donde hace el bachillerato, nunca sentiría un gran aprecio por esta ciudad, donde sufriría alguna de sus experiencias más dolorosas. Con una incipiente vocación teatral y unas enormes ganas de conocer a sus ídolos literarios, decide irse a Madrid, pero su padre solo le sufragará los gastos a cambio de que continúe formándose. Dadas las limitaciones del estudiante, al final se decidirá por Farmacia, tenida entonces por la carrera más asequible. En Madrid, más que profundizar en los secretos de la botica, se empapa del ambiente teatral y sufre una auténtica conmoción al conocer la obra de Shakespeare, a quien más tarde adaptará y que tendrá un evidente influjo en su poesía. Con bastantes penalidades, logra licenciarse, y aún aguantará seis años en Madrid haciendo como que estudia, hasta que en 1908 muere su padre. De vuelta a Santander abre dos farmacias pero, poco diestro en los negocios, pronto se encuentra endeudado y sin saber cómo escapar de sus problemas económicos, por lo que decide desentenderse tanto de la botica como de su familia y se une a una compañía de cómicos.

Pasará dos años como mal actor, aunque el conocimiento del arte dramático más tarde se mostrará en su obra poética, donde abundan los diálogos de aire teatral. Cuando regrese a Santander lo hará para acabar en la cárcel debido a un fraude en el alquiler de su farmacia. Allí leerá el *Quijote*, otra de sus grandes influencias. También en la cárcel escribirá sus primeros poemas, nacidos de una radical inconformidad, de la lucha entre realidad y esperanza. En 1918 regresa a Madrid, donde con 35 años se encuentra sin trabajo y sin dinero, viviendo en la miseria de la bohemia. Sin esperanzas, se instala en Almonacid de Zorita para regentar una farmacia. Allí se encierra y escribe *Versos y oraciones del caminante*, donde confluyen tres de sus grandes temas: la soledad, el camino y Dios. Son poemas en los que queda patente la huella de Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado o Francis Jammes, una poesía *pura*, a contracorriente de lo que se estilaba en estos años, los de la pugna entre poesía social y de vanguardia. El libro, que leerá en el Ateneo, será bien acogido, en parte gracias al respaldo del crítico Enrique Díez-Canedo. Tras pasar dos años en Guinea ocupando un puesto administrativo en el que mantiene una honradez poco habitual en el entorno, regresa a España. Su plan es irse a trabajar a Estados Unidos, y por ello aparca su carrera literaria para estudiar inglés y mecanografía. Gracias a la intermediación de Alfonso Reyes consigue viajar a México en lo que él considera una primera escala. Allí conoce a Berta Gamboa, su futura mujer, profesora de español en Nueva York, quien le ayudó a hacerse con un pasaporte falso.

En 1923 da clases en la Universidad de Cornell y reanuda su obra estimulado por el conocimiento de Walt Whitman, de quien traducirá su *Canto a mí mismo*. Tras un viaje a España, que coincide con la proclamación de la República, a la que asiste con esperanza, regresa a México y escribe *Drop a star*, de técnica vanguardista. En 1934 vuelve a España, donde ejerce como traductor y aparece en la 2ª edición de la *Antología* de Gerardo Diego. Tras un breve paso por Panamá, retorna a una España en plena Guerra Civil. Aquí escribe *La insignia*, donde critica la división republicana y afirma que en un poema no hay bandos. La obra es mal recibida y debe huir a América. En el trayecto compone *El payaso de las bofetadas*, donde muestra su dolor por la injusticia. En *Español del éxodo* retrata un mundo que se desvanece. En 1942 funda *Cuadernos Americanos*, que tendrá una gran resonancia. Un año después aparece *Ganarás la luz*, una confesión existencialista. En 1946 inicia una gira de gran éxito por numerosos países hispanoamericanos que le llevará a la publicación de su *Antología rota*. Tras instalarse definitivamente en México, inicia la década de los 50 con su introspectivo *Llamadme publicano*. Su interés por el cine le lleva a escribir el guion *La manzana*, mientras que *El juglarón* es su particular adaptación de cuentos populares. Pero su gran obra de este periodo es *El ciervo*, en la que expresa su lucha por alcanzar la verdad. Tras la muerte de su mujer en 1957 abandona la poesía, a la que regresará ya cumplidos los 80 con *Oh, ese viejo y roto violín*, expresión de su profunda angustia, de su rechazo a la crueldad de la vida.

Servicio de Información Bibliográfica